

La importancia de la traducción de obras de medicina en el siglo XVIII

Josefa Gómez de Enterría*

En el siglo XVIII las lenguas vernáculas alcanzan plenamente el estatus de lenguas nacionales en los ámbitos de difusión de la ciencia, lo que favorece una producción editorial muy elevada. Esta repercutirá en la traducción de numerosos tratados científicos, que se vierten al español desde las diferentes lenguas europeas, ya que son estas versiones las que favorecen la renovación del vocabulario de la medicina en el siglo XVIII, así como también el desarrollo de vocabularios especializados, que verán la luz bien como diccionarios, bien como vocabularios ocultos dentro de los tratados. El vocabulario de la medicina —deudor de la ciencia que lo sustenta— acusa durante este siglo un período de gran enriquecimiento, de la misma manera que ocurre con el resto de los vocabularios de especialidad a medida que secundan la modernidad.

La ciencia médica en la España de la Ilustración se forja a partir de unos procesos de carácter histórico, social e intelectual que están condicionados en gran medida por el desarrollo de los acontecimientos que acusan el triunfo de la modernidad, cuando por fin los nuevos proyectos de la renovación científica obtienen el apoyo real y los ministros ilustrados se aprestan a aunar sus fuerzas encaminadas a lograr el cambio ideológico y cultural. Es así como fructifican los esfuerzos llevados a cabo por médicos ilustres como Martín Martínez o Andrés Piquer, que ya en la primera mitad del siglo habían denunciado la deficiente formación de los especialistas y el estancamiento de las instituciones oficiales. Ambos médicos mantienen una actitud personal de gran firmeza que los lleva a posicionarse en contra los dogmatismos y de las posturas oficialistas vinculadas a la universidad, donde las prácticas tradicionales se mantenían estancadas y aferradas al pasado, ya que se trataba de una universidad en la que —como recuerda Cadalso— «los universitarios leen a Newton en sus casas pero en las aulas se sienten obligados a explicar las mismas abstrusas cuestiones de siglos inmemoriales, que habían bautizado con el nombre de metafísica».

Ya en la etapa ilustrada, triunfa la reacción frente a este estado de cosas gracias a los apoyos recibidos desde la iniciativa pública, esto es, el apoyo regio y ministerial, aunque es innegable que dicho triunfo no hubiera llegado a consolidarse sin la actuación perseverante e incansable de médicos como Pedro Virgili o Antonio Gimbernat, con cuyo esfuerzo se logrará la creación de los Reales Colegios de Cirugía de Cádiz (1748), Barcelona (1760) y el de San Carlos en Madrid (1787), verdaderos centros de difusión de la ciencia destinados a la formación de cirujanos de la Armada, el Ejército y cirujanos civiles, respectivamente, en cada uno de los nuevos centros.

El didacticismo alcanza gran importancia en los Reales Colegios de Cirugía, que nacen con verdadera mentalidad

renovadora, junto con el afán por lograr la excelencia de unos programas de formación que beben directamente en las fuentes de las últimas corrientes científicas. Todo esto se pone de manifiesto con las estancias de los alumnos pensionados en grandes centros europeos (París, Leiden, Montpellier, etc.), pero también con una pujante demanda de realización de las versiones que acerquen hasta la lengua española las principales corrientes renovadoras en medicina, cirugía, farmacia, botánica, física y química, ya que solo así será posible canalizar hacia nuestro país las nuevas ideas de la ciencia médica que ya están vigentes en Europa, con un evidente interés por parte de la ciencia española en tratar de vincularse a la europea, pese a su desfase secular. Es en este contexto en el que observamos cómo algunas obras se traducen inmediatamente tras su aparición en Europa y sin embargo otras tardarán años en ver la luz, a causa de las trabas que la censura establece ante la llegada de las nuevas ideas. Conviene recordar que en Europa la renovación de la ciencia médica se lleva a cabo en dos escuelas: la vienesa, con Boerhaave (1668-1738), y la de Edimburgo, con Alexander Monro (1697-1767).

Las traducciones de obras de medicina, cirugía y farmacia realizadas en este período son las más numerosas, si las comparamos con las que se hacen en otras áreas del conocimiento en el mismo lapso de tiempo. Se trata en gran medida de obras que tienen una finalidad didáctica o divulgativa, ya que van destinadas a completar las bibliotecas médico-quirúrgicas de Cádiz, Barcelona y Madrid y constituyen en gran medida el fondo bibliográfico de las mismas.

Los traductores son por lo general especialistas, médicos o cirujanos, entre los que alcanza gran protagonismo un grupo de médicos madrileños o vinculados a la corte que acometen la tarea de adaptar y traducir los textos médicos y quirúrgicos más novedosos. Su actividad traductora se desarrollará durante el reinado de Carlos III y continuará ininterrumpidamente hasta bien entrado el nuevo siglo. Constituyen este grupo Andrés García Vázquez, Antonio Lavedán, Francisco Xavier Cascarón, Santiago García, Bartolomé Piñera y los hermanos Juan y Félix Galisteo Xiorro.

La lengua más traducida será la francesa, ya que es la que proporciona mayor número de originales y la más conocida entre los traductores, aunque muchas veces el francés actúe únicamente como lengua intermediaria que facilita las versiones de una segunda o tercera lengua de origen, muy especialmente cuando esta es el inglés o el alemán. Sin embargo se publican asimismo versiones intermedias del francés desde originales en lengua italiana o portuguesa. En ocasiones también observamos que la preferencia de los traductores por

* Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares (España). Dirección para correspondencia: j.gomezdeenterria@uah.es.

una versión en lengua francesa no estaba condicionada únicamente por la mayor facilidad para su desciframiento, sino que el traductor especialista en la materia prefería una versión realizada y adaptada en Francia por un prestigioso especialista antes que el original en inglés. Tal es el caso de la traducción del *Tratado teórico-práctico de las úlceras*, de Benjamin Bell, que lleva a cabo desde una versión francesa el cirujano madrileño Santiago García, a pesar de que poseía un excelente dominio de la lengua y de la cirugía inglesas.

La tarea traductora de obras de medicina se desarrolla en un contexto histórico que es consecuencia de una realidad impuesta por situaciones determinadas; estas responden a un proceso social e intelectual que en un momento dado favore-

ce el desarrollo de la ciencia, lo que potencia algunas áreas temáticas novedosas y de desarrollo incipiente que van a marcar la evolución de la medicina en una época determinada; por ejemplo, las traducciones de odontología, oftalmología y dermatología que acercan hasta el lector español enfoques totalmente renovadores, con la consiguiente terminología. Otro tanto ocurre con el vocabulario del instrumental quirúrgico que surge como consecuencia de los nuevos avances en cirugía. Las Juntas Literarias de los Reales Colegios de Cirugía recogen ese nuevo vocabulario cuando nos proporcionan las «Observaciones» presentadas en los Colegios de Cirugía, que, como las traducciones, contribuirán al afianzamiento y difusión del nuevo vocabulario.

Aclaraciones y rectificaciones a propósito del monográfico de *Panace@* El alemán en la traducción y comunicación médico-sanitaria

Redacción de *Panace@*

En el monográfico de *Panace@* n.º 34, dedicado al alemán en la traducción y comunicación médico-sanitaria, un monográfico excepcional tanto por no haberse abordado ese tema con anterioridad como por la calidad y el volumen de las aportaciones conseguidas, se han detectado unos pocos errores que intentamos ahora subsanar, pues ya se sabe que de sabios es rectificar...

- En primer lugar, en la entrevista realizada al médico y lexicógrafo Christopher Zink se deslizaron algunas erratas y faltas de traducción, en ningún modo achacables al entrevistado, que fueron rápidamente corregidas y que ya no están presentes en el número que figura en nuestra página web. Pedimos disculpas a nuestros lectores, así como al doctor Zink por las molestias causadas.
- Por otro lado, Juan Manuel Martín Arias y Lorenzo Gallego Borghini, autores del artículo «Luis López-Ballesteros: primer traductor de las obras completas de Freud al castellano» (pp. 309-314) nos hacen llegar la siguiente «nota de rectificación»:

En nuestro artículo «Luis López-Ballesteros: primer traductor de las obras completas de Freud al castellano» se deslizó el siguiente error:

donde dice:

Mientras que la traducción de López-Ballesteros se hizo a partir de las obras completas de Freud en alemán, la de Etcheverry parte de la traducción al inglés, realizada por James Strachey (1887-1967), conocida como la Standard Edition y publicada en veinticuatro volúmenes por The Hogarth Press entre 1953 y 1974,

debe decir:

Al igual que la traducción de López-Ballesteros para Biblioteca Nueva, la de Etcheverry para la editorial Amorrortu se hizo a partir de las obras completas de Freud en alemán, si bien la ordenación, las notas y los comentarios se tomaron de la traducción al inglés, realizada por James Strachey (1887-1967), conocida como la Standard Edition y publicada en veinticuatro volúmenes por The Hogarth Press entre 1953 y 1974.

- Por último, también se encontró alguna imprecisión en el entremés redactado por Carmen Quijada «Quién lo usó por vez primera: heroína» (p. 340). Su autora ha decidido ofrecernos un nuevo entremés («Quién lo usó por vez primera, y segunda, y tercera...») que publicamos ahora (pp. 153-154) y al que remitimos a los lectores para completar la información que ofrecía en el publicado en el monográfico.